

## Revista Electrónica de Salud y Mujer – Febrero 2004

### El confort de la distancia

Dicen que en la distancia uno se siente más cómodo. La ventaja de la distancia es que uno puede percibir las cosas tal y como le gustaría que fueran. Lejos, en la distancia, es preferible hablar que escuchar, imaginar que mirar y soñar que actuar. Ahí, en la distancia, todos tomamos las decisiones correctas. Es allí donde nunca nos equivocamos. Hay dos distancias: la de los hechos, conocida como tiempo, y la de las situaciones, a la que llamamos espacio. En la distancia de situaciones, contemplamos la progresiva destrucción del continente africano, sin ni siquiera cuestionarnos qué pasaría si los europeos reemplazáramos la caridad por el comercio. Jóvenes varones y sanos emigran de África desesperadamente en busca del desarrollo que no tienen, o quizás se debería decir, que les negamos. La distancia del tiempo también presenta sus vicisitudes. Prisionero por las cadenas del día a día, uno puede encontrar en la distancia una razón o una excusa para sobrellevar la kunderiana insoportable levedad del ser en la vida cotidiana. A la distancia temporal algunos le llaman tomar perspectiva, otros dicen que es tener visión. La distancia es tan agradecida que permite hacer promesas y quedar bien con todo el mundo. No podía ser de otra manera, a la distancia se le une de forma sustancial la capacidad de olvidar. Como en la canción: "dicen que la distancia es el olvido"

Allí, en la distancia, las cosas se explican como uno quiere que sean. Y se explican tantas veces, que uno, hábil prisionero de sus propias fantasías, acaba por creérselas y asumirlas como ciertas. A veces, en la distancia, aparece esa alma de narrador de cuentos que tenemos escondida y contamos las cosas tal y como queremos que sean. Lo dice García Márquez en sus memorias: "la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla". Ahí, en los recuerdos, es donde aparecen como compañeros de viaje los sesgos. El sesgo de la memoria, o la capacidad de recordar lo deseado y olvidar lo desagradable, y el sesgo de verificación, o necesidad de confirmarnos a nosotros mismos que ha sucedido lo esperado y, por eso, se tomaron las decisiones acertadas. Abrumados por la incertidumbre y la complejidad del momento presente, uno toma decisiones sabiendo que, en la distancia, éstas se explicarán como mejor convenga. La costumbre de pensar en la distancia le permite a uno convivir con las tensiones y

conflictos del hoy confiando que en el mañana todo tiene arreglo o justificación. No hay herida que el tiempo no ayude a cicatrizar. Aunque haya situaciones, como la enfermedad, que en la distancia se agotan. Y llegados este punto uno se pregunta ¿de qué sirve pensar tanto en el futuro cuándo aún nos quedan muchas cosas que solucionar en el presente? Quizás sirve para sentirse mejor y, porqué no, para olvidar pronto las oportunidades perdidas o los errores cometidos. En la distancia uno siempre encuentra una explicación razonable a todo.

### Cosas que nunca te dije

Surge esta reflexión sobre la distancia al secuenciar de forma conjunta diferentes situaciones que han pasado recientemente en nuestro país. La primera de ellas hace referencia a las declaraciones públicas de diferentes políticos relevantes de la sanidad española sobre la necesidad de “humanizar la sanidad” y de “mejorar la comunicación médico-paciente”. A ello se unen otras parecidas que indicaban la necesidad de promover cursos en habilidades de comunicación en el pregrado y en el postgrado.

Y uno, en la distancia, piensa que lleva tiempo escuchando estas necesidades y quizás ya ha llegado el momento de que éstas sean atendidas de forma apropiada, antes de que también se escriba una canción con ellas. Posiblemente, habría que analizar cómo se puede superar la distancia que a veces existe entre aquellos que ven el problema y los que han de actuar para que éste tenga solución. Con ello superaríamos la denominada “paradoja del paciente español”, que pone de manifiesto la distancia existente entre el poder tener y el poder implementar las múltiples leyes e instrumentos de protección de los pacientes que existen. Ello evidencia también la distancia existente entre legislador y ejecutor final de los preceptos legales, o quizás deberíamos decir el espíritu de la ley, ese que vuela tan seguro en la distancia. No deja de sorprender que para este paciente tan protegido legalmente los profesionales reclamen más minutos de atención sanitaria.

Un posible argumento que justifica la paradoja del paciente español es la distancia que se mantiene con respecto a la enfermedad y al hecho de ser o estar enfermo. Una vez más, en la distancia, los sistemas sanitarios se sienten a veces más seguros en un discurso para sanos que en uno para enfermos. Quizás sea por eso que hablamos de planes o sistemas “de salud” en lugar de “de enfermedad”. Se confirma: el lenguaje, como las leyes, en la distancia ayuda. La tendencia a esconder la enfermedad puede conducir a la estigmatización de las personas que la

padecen. Y ello es importante, sobre todo si tenemos en cuenta que los sistemas sanitarios justifican su existencia con la presencia de enfermos. En este sentido, el propósito de la atención sanitaria no tan sólo es curar o paliar las consecuencias de la enfermedad, sino también cuidar y confortar a los enfermos. ¿Sería aceptable recuperar un discurso sanitario basado en la atención de los enfermos? ¿O sería éste un discurso basado en la fatalidad, algo que en este mundo de felicidad no nos podemos permitir? ¿Resultaría más coste-efectivo sustituir algunas actividades preventivas por estrategias de atención de enfermos?

Uno de mis mentores, Thomas Chalmers, me recibía siempre con esta frase en la pizarra de su despacho: “La ignorancia es la peor de las tolerancias”. Aunque quizás ésta sea tolerable en la distancia. La frase terminaba con un “si no sabes que hacer, dedícate a la investigación”.

Y éste es el segundo aspecto que se relaciona con la comodidad de la distancia. ¿Es justo y, por lo tanto, moralmente aceptable un sistema de recompensas que parece premiar más el hecho de publicar que el hecho de atender enfermos? ¿Es aceptable priorizar más la realización de investigación especializada que la difusión del conocimiento entre los profesionales que atienden a los pacientes? ¿Alguien se ha puesto en el lugar de un paciente, al que, sintiéndose incomprendido por el sistema sanitario, se le está diciendo que su enfermedad quizás se cure dentro de unos años peor no ahora? ¿Quién y cómo se determinan las prioridades de investigación? ¿No sería lógico incentivar la participación de los enfermos en esa determinación de prioridades? ¿A quién y cuándo beneficia la investigación que se está promoviendo? ¿Cómo se puede hablar de medicina individualizada en un entorno de demora diagnóstica y terapéutica para medicina estandarizada? Como decía uno de los cómicos del programa americano Saturday Night Live, “yo les dejo las preguntas, ustedes discutan las respuestas”.

Y, ¿por qué es importante la distancia? Posiblemente, porque cuando las decisiones se esconden en la distancia, las personas que viven en tiempo presente sufren en silencio su ausencia. Y ello es importante porque la enfermedad es una condición que se vive en tiempo presente y el ser enfermo es una situación que no admite distancia. Promover un plan de humanización de la atención sanitaria que implicara a profesionales, ciudadanos, pacientes y estamentos políticos dentro de un nuevo modelo de contrato social y orientar la investigación biomédica a satisfacer las necesidades actuales serían posibles estrategias que permitirían abordar problemas más cercanos, o sea, en la distancia corta.

Ah, se me olvidaba: una de las grandes ventajas de la distancia es que te permite superar el miedo a ser políticamente incorrecto ;-)

Albert J. Jovell

Universitat Autònoma de Barcelona

[ajjovell@telefonica.net](mailto:ajjovell@telefonica.net)